

Media hora después de haber entrado allí, Luz sonreía; Cesarina era la más feliz de las criaturas al lado de la hermana que tanto había lamentado no tener, y las dos formaban mil risueños proyectos de esposas y amas de casa para lo porvenir, que se les presentaba radioso y lleno de encantos.

CAPÍTULO XII

AMOR

En una pequeña explanada situada al lado de la histórica pradera del Canal se elevaba, en la época en que tiene lugar esta historia, una casita blanca y verde, que se ha derribado después para aprovechar el terreno en otras especulaciones.

Aquella casa, que había sido habitada por un buen sacerdote que vivía con su madre, pasó á ser propiedad de Dolores, que la adquirió para ir á ella á descansar de cuando en cuando de las orgías y de los festines que incesantemente la fatigaban.

En su vida de desorden había deseado algunas veces la soledad; pero la paz y el silencio sólo convienen á las conciencias tranquilas, y la de Dolores no gustaba de ninguna tranquilidad.

El tedio la siguió allí, como sigue siempre á las naturalezas viciadas en esa atmósfera falsa y emponzoñada en que vivía Dolores. Ésta sabía música, pintaba y conocía perfectamente dos idiomas

además del suyo; pero las artes necesitan, además de la soledad, de reposo y de la paz de la conciencia. Una melodía triste le recordaba el venerable semblante de su anciano padre, á quien su falta primera había precipitado en el sepulcro; una armonía tierna y sentida traía ante sus ojos la doliente figura de su madre. La palabra *amor* era fría en sus labios; la palabra *perdón* le recordaba que ella no había perdonado nunca. El amor materno, al ser expresado por una música patética, destrozaba su corazón, recordando el sacrificio horrible que sus hijas le imponían; en una palabra, el tedio, el dolor, la angustia de su situación presente y la nebulosa obscuridad de su porvenir, la asediaban de un modo tal, que sólo pasó una vez dos días allí, saliendo en seguida para no volver jamás.

Sus hijas no conocían aquella casita solitaria. Dolores la cerró, y al deslizarse el amor en su corazón como un dardo de fuego, volvió á pensar en ella, porque el amor puro, noble y desinteresado busca siempre la sencillez de la naturaleza, el césped por alfombra, y el azulado cielo por dosel.

Dolores amaba, no por la segunda, sino por la primera vez de su vida. La afición que había sentido hacia el Conde de Elvén era ese deslumbramiento

de la primera edad, más completo cuando se posesiona de una niña criada en la sujeción y el aislamiento; no conociendo ninguna de las cualidades del Conde, no podía ser una pasión seria y profunda la que sentía por él. Los ojos pueden ser deslumbrados; pero la fascinación completa es la del alma, y la que ejercen el ingenio, el talento y las nobles prendas del carácter.

Dolores se acordaba de aquel niño de admirable belleza que en París trabajaba al lado de su madre, pobre y honrada viuda, y cuyos negros cabellos había ella acariciado tantas veces; había resumido, con sola una mirada, toda la historia de aquel niño, que ahora se presentaba joven y gallardo en el camino de su vida; adivinaba el genio del artista, y su noble constancia en el trabajo; la tristeza del niño, separado de su madre y confiado á la protección, siempre fría aunque sea eficaz, de un poderoso bienhechor, que tiene la conciencia de lo que da, y sabe que nada recibe en cambio; en fin, su imaginación, siempre poética y exaltada, se complacía en revestir á Frantz de toda la poesía del sufrimiento y del talento, de todos los encantos de que una mujer puede revestir al objeto amado.

En el baile de máscaras le dió, pues, una cita

para aquella casita, á la que el artista acudió deslumbrado y loco de dicha.

Era Dolores una de esas mujeres que ejercen una terrible, una fatal influencia en la fantasía de los jóvenes: pobres criaturas arrolladas por el vendaval de su destino, y que van, como débiles aristas que agita el viento, chocando con los escollos de la vida é interesando por su misma desventura.

Aquella hermosura, que tenía mucho de dolorosa; aquel espanto de la vida que se retrataba en sus ojos, sombríos como su porvenir y tristes como su presente; aquel talento lleno de poesía que se exhalaba en frases sueltas, impregnadas de melancolía y de ternura; hasta la misma despedida de la juventud, que daba su último adiós sobre la bella y doliente frente de Dolores, eran otros tantos motivos para seducir la imaginación de Frantz y para interesar su corazón.

Las pasiones más ciegas, más ardientes, más terribles, son aquellas que se fundan en la sinrazón; aquellas en que la compasión se mezcla á la admiración; aquellas, en fin, que aman los defectos de la persona querida más que sus mismas perfecciones.

Á este género pertenecía el amor del artista

alemán: ante la imagen de Dolores se borró la imagen de Lágrimas y se borraron todas las demás imágenes de la tierra.

Mas, como sucede siempre en cierta clase de pasiones, los celos penetraron en su corazón para aumentarla. Frantz sentía celos del pasado de Dolores y de su presente: desde que aquel amor ocupó su alma, se volvió sombrío, irascible y meditabundo; ansiaba el instante de tener con ella la primera cita para pedirle explicaciones que se creía con derecho á exigir.

Dolores era más dichosa: así como el alma de Frantz se había ido cubriendo de negras nubes, en la suya habían aparecido el sol de la dicha y una inefable serenidad: todo era alegre desde que amaba; todo radioso y bello.

¡Último amor de la vida!; tú eres como un bello día de otoño, cuyo rojo sol parece reanimar á las marchitas flores; como aquél, finges á los yermos campos del alma una nueva primavera; mas, como aquél también, pronto dejas el sitio al aterido invierno.

Dolores corría hacia la blanca casita al trote de un fogoso caballo que tiraba de una pequeña y elegante berlina; ya no era su cómodo y espacioso coche; pero al buscar uno alquilado, le había

elegido de cierta poética forma, animada por su amor.

Ella misma abrió la puerta, cerrada tanto tiempo hacía, y subió la pequeña escalera de yeso blanco, pues las viviendas campestres no tenían entonces, por lo regular, el lujo que ahora ostentan.

Se componía aquel lindo y modesto retiro de tres piecitas, amuebladas casi con humildad: la primera tenía la sillería enfundada con una tela de algodón de flores, que le daba el más risueño aspecto. Abierta la ventana, un rayo de sol fué á quebrarse en las mesas de caoba, y en un espejo de una vara en cuadro, suspendido de la pared por medio de cordones de seda azul; en el centro se veía un pequeño velador que sostenía libros, y un recado de escribir de porcelana.

En la sala inmediata había un piano y un arpa: ambos instrumentos sabía tocar Dolores; pero ya hemos dicho que la música le causaba una impresión dolorosa desde hacía largo tiempo. El mueblaje era igualmente modesto, pero limpio y nuevo.

Por fin, la tercera estaba dispuesta para servir de dormitorio: una cama con colgaduras de muselina, un lavabo y un ropero grande constituían

todo su ajuar, con dos ó tres pequeños sillones diseminados por la estancia.

Dolores descolgó un plumero oculto tras la puerta de la antesala y se puso á quitar el polvo de los muebles con la misma serena alegría con que lo hacía diez y nueve años antes en casa de sus padres; cantaba una antigua y dulce balada conforme iba limpiando, y su corazón rebotaba júbilo y felicidad.

De repente se detuvo: una imagen doliente pasó por delante de sus ojos: era una joven pálida y moribunda, en la que reconoció á su hija Lágrimas.

Dejó escapar el plumero de su trémula mano, y se apoyó desfallecida en el respaldo de un sillón.

—¡Ella le ama!— murmuró:—sí, le ama...; y yo, que soy su madre, voy á privarla de su parte de dicha...; á ella, la desgraciada hija de mi falta, privada ya por mi culpa de su nombre y su fortuna...

Ocultó el rostro entre sus manos, y gruesas lágrimas se deslizaron de entre sus delgados dedos.

—Pero ella tiene diez y siete años—dijo tras una pausa y levantando su pálido rostro, en el que había escrito un agudo dolor;—es la primera

vez que ama. ¡Cuántos amores se sucederán á esta naciente inclinación! Ella entra ahora en el camino de la vida, mientras que yo...

Volvió á detenerse, y elevó al cielo sus negros ojos con una expresión de dolor inmenso.

—¡Cuántas espinas he hollado ya!—dijo con amargura.—¡Cuántos abrojos han herido mis plantas! ¡Cuánto he sufrido! Si es que arrojo estas únicas flores que he hallado en mi camino, he de decir: «¡Muero sin haber amado!...» ¡Oh! ¡eso sería horrible, horrible! Con este amor veo la paz, la dicha, el hogar doméstico, el amor del esposo, la consideración de la sociedad...; sin este amor, sólo veo la muerte.

El ruido de un paso varonil en la escalera la sacó de sus reflexiones. Levantóse, y fué ante el espejo para componer sus facciones pálidas y descañadas, volviendo un instante después con el rostro animado por una sonrisa.

Ya era tiempo: Frantz se hallaba en pie detrás de ella.

CAPÍTULO XIII

LA CASITA

—Bien venido, amigo mío—dijo Dolores alargando graciosamente su mano al joven:—acérquese usted aquí y sentémonos.

El pintor obedeció á la indicación, y ambos se sentaron en un pequeño canapé situado en un ángulo de la habitación.

—Dolores—dijo Frantz con ternura,—ante todo desearía conseguir una cosa: en las máscaras nos hablábamos de tú: prosigamos aquí del mismo modo.

Una sonrisa fué la contestación á estas palabras.

—Gracias, querida Dolores—prosiguió el artista:—eres buena, y esto me dará confianza para hacerte una confesión. Vamos á hablar de lo que nos interesa, porque esta entrevista, bien á pesar mío, tendrá que ser breve: mi madre me espera.

—Á mí me esperan también en mi casa—dijo

Dolores:—así, veamos pronto esa confesión que parece costarte tanto trabajo.

—Pues bien, escucha: yo he amado... he creído amar á una joven, la que, por su parte, me profesaba y me profesaba hoy una afección profunda...; te lo digo por si alguno te lo va á decir también.

—Bien...; nada te pregunto yo de tu pasado—dijo Dolores, que palideció al escuchar estas palabras, porque ellas le traían de nuevo la imagen doliente de Lágrimas.

—Es que yo quiero dártelo á conocer—dijo gravemente Frantz,—porque deseo á mi vez conocer el tuyo: ¿quién eres?; ¿de dónde vienes?; ¿cuál ha sido antes tu vida? Dolores, estoy celoso, y no sé por qué... hay en mi interior cierto aciago presentimiento que no me sé explicar, pero que me martiriza.

—Tranquilízate, y deja que á mi vez te interroge—dijo Dolores, en cuyas facciones había vuelto á retratarse una siniestra agitación;—luego te responderé yo... Ahora dime...: ¿por qué no te casaste con aquella joven que te amaba... y á la que amabas tú?

—Mi madre se oponía á esta unión porque, aunque ella era un ángel de pureza, la suya era una mujer perdida.

—¿La conocías tú?

—Jamás la vi.

—Es extraño—murmuró Dolores mirando profundamente á Frantz.

—Esa mujer—repuso éste con tranquilidad—vive completamente apartada de sus hijas, pues tiene dos: por una de las nobles resoluciones propias de esas desgraciadas criaturas, y que son más comunes en ellas de lo que se cree, las hace pasar una vida del todo retirada, bajo la vigilancia de un aya rígida y virtuosa, que es hermana de mi madre. He visto poco á esas dos niñas, pues he vivido desde mi infancia en Italia; pero las veces que fuí á ver á mi tía, jamás vislumbré á su madre: ni siquiera vi un retrato de esa mujer, que dicen es aún joven, bella y fatalmente famosa en la vida del escándalo.

Dolores bajó la cabeza, y pareció sumergida en hondas reflexiones durante algunos instantes.

—Frantz—dijo después, mirando con ansiedad al joven:—¿era sólo la culpable vida de esa desgraciada mujer lo que retardaba tu unión con su hija?

—No—respondió el pintor:—era la oposición de mi madre, de mi madre, á quien amo y á la que no quisiera disgustar por nada.

—¿Luego tú no harías responsable á esa pobre joven de la deshonra de su madre?

—¿Cómo pudiera tener semejante crueldad?— exclamó Frantz.—Pero dejemos esto, Dolores, y hablemos de ti: el débil lazo de ese amor está roto por la pasión que me inspiraste... Hablemos de ti, de ti..., que es hoy lo que más amo en el mundo.

—¡De mí!—murmuró la pobre mujer estremecida.—Frantz, es preciso que pongas la planta en el camino de mi existencia sin volver la cabeza atrás.

Frantz la miró atónito.

—¡Qué!—exclamó.—¿Tantas culpas hay en él? ¿Te mancha acaso algún crimen?

—No—respondió Dolores:—sólo es la desgracia la que ha llenado de sombras mi vida: el primer hombre que me dijo palabras de amor, me engañó cruelmente, Frantz...; huyó de mí para casarse con otra; poco después perdí á mis padres...; un año más tarde, me casé, no por amor, sino por salir de la casa donde me daban el pan de la limosna; mi marido fué para mí más cruel y más indigno que aquel otro hombre que vendió mi cariño... Pero ya habrá dado cuenta á Dios de sus extravíos; yo le perdoné cuando supe que había

muerto. Desde entonces he podido volver á casarme algunas veces...; pero cobré horror á ese lazo, que para mí fué un dogal..., y rehusé todos los partidos que se me presentaron... Tengo dos hijas, y á ellas consagré todo mi cariño..., toda la ternura de mi alma. Pero, al verte, Frantz, en un retrato que hay en casa de tu madre, sentí que mi alma se abría á la dicha, como la flor marchita y enferma, para recibir un dulce rayo de sol... Te amé... y conocí que era con el primer amor de mi vida.

Frantz estrechó con pasión una mano de Dolores; absorto en la dicha que la confesión del amor de aquella mujer derramaba en su alma, no reparó en aquellas palabras: «vi tu retrato en casa de tu madre».

Pero Dolores se encargó de aclarar la situación de entrambos. Aquellas reflexiones, á que se había entregado con la cabeza inclinada, habían dado por resultado una resolución suprema: la de decirselo todo á Frantz.

Su amor era verdadero, profundo. Muchas mujeres mueren en la ancianidad más avanzada sin haber conocido el sentimiento que llenaba el corazón de aquella mujer desgraciada y sumida en la aflicción: ella lo conocía demasiado tarde, pero

quería enaltecerlo tanto como le fuese posible con una franqueza y lealtad absolutas, por más amargas que le fuesen.

—Frantz—continuó, fijando en el artista sus hermosos ojos, en los que brillaba una ternura infinita:—yo te he amado antes de ahora..., niño aún, en París.

—¡Cómo!—exclamó Frantz:—¡en París! ¿Has estado tú en París?

—Sí, hace catorce años, y he sido vecina y amiga de tu madre.

—También la madre de Lágrimas lo ha sido—repuso Frantz, cuya voz temblaba con una emoción profunda;—también ella vivía en París.

—¡Yo soy la madre de Lágrimas!—dijo Dolores alzando al cielo la mirada, como para ofrecerle la inmensidad de este sacrificio.

—¡Tú!...—murmuró el pintor.

—Yo, Frantz. Sólo el amor que te profeso me obliga á hacerte esta penosa confesión. Me pedías confianza...; te la doy tan completa como la pudieras desear... Yo soy la mujer que tu buena y honrada madre desprecia con razón...; yo soy la cortesana célebre por sus triunfos y sus desórdenes; yo soy aquella en cuyo salón se han perdido tantas fortunas. Hoy estoy arruinada, perdida,

enferma..., y soy desgraciada como nunca, porque te amo y conozco hasta qué punto debes despreciarme.

Estas palabras fueron anegadas en llanto. Dolores, que se mecía en doradas ilusiones hasta llegar á aquella confesión, sintió, al hacerla, que alguna cosa se rompía dentro de ella misma: prefería la confesión de su vergüenza á la vergüenza de la mentira; pero aquel sacrificio, impuesto por un amor que tenía mucho de heroico, le desgarraba el corazón.

Frantz, con su penetrante talento, lo conoció así, y volvió á estrechar sus manos, movido á compasión: ya hemos dicho que la lástima entra por mucho en las pasiones que inspiran las mujeres de la clase de Dolores.

—No importa—dijo;—tu pasado pertenece á la desgracia, y tal como ha sido le acepto; sólo quiero que me pertenezca tu porvenir.

—¡Ay!—exclamó Dolores;—¡qué poco porvenir puedo esperar ya! Sus puertas se abren de par en par para ti: á mí se me cerrarán en breve; tú tienes veinticuatro años, yo treinta y tres. ¿Por qué no retardó la Providencia el instante de mi nacimiento, ó adelantó el del tuyo?

—Mi querida Dolores—repuso el joven,—yo

he pintado un cuadro que representa los amores de madame de Vilars con el caballero de Saint-Prieux: ella tenía veintisiete años, él diez y siete, y, sin embargo, me pareció tan natural y tan lógico que se amasen, que supe dar á sus fisonomías la expresión de amor más verdadera y más entusiasta que se ha visto jamás. Si entonces comprendía así el amor, juzga de qué modo lo comprenderé ahora que lo siento.

Dolores no respondió, pero su abatido rostro se iluminó con un rayo de esperanza.

—He oído decir á mi madre—observó él tras algunos instantes de silencio,—que el Conde quería llevarse á Lágrimas. Dásela: de esta suerte, el fausto y la riqueza que la van á rodear, la harán olvidarse de mí, y al lado de su padre hallará muy pronto un casamiento más ventajoso; á pesar de todo, he querido á tu hija, y desearía que su suerte fuese dichosa.

Estremecióse Dolores al escuchar estas palabras, eco fiel del remordimiento que destrozaba su corazón; pasó la mano por su frente para desterrar un pensamiento doloroso, y respondió con insegura voz:

—Lágrimas no ha querido abandonarme á pesar de los brillantes ofrecimientos y de la ternura

que le ha demostrado su padre: sólo me resta probar un medio.

—¡Oh, sí! Tú hallarás alguno de evitar su desgracia y de lograr que nosotros seamos dichosos. Mi pobre Dolores, yo quiero que conozcas la felicidad que sólo viste imperfecta al lado de tus buenos padres, porque la dicha completa es el amor... Nos uniremos con el lazo santo del matrimonio; iremos á vivir á Italia, el país de los artistas, y allí tu alma, siempre joven y entusiasta, sanará en breve de esa dolencia terrible que la amarga, y que es producida por el hastío del mundo y la carencia de todas las ilusiones.

—Tienes razón—exclamó Dolores con su bella fisonomía radiante de gozo:—¿por qué no puedo yo todavía ser dichosa? Rehabilitada por mi casamiento contigo, mi hija menor se casará con Federico, y Lágrimas volverá á amar con más entusiasmo que ahora; ésta es su primera ilusión; yo sé cuán poco apegado estaba á mi alma aquel cariño primero que me inspiró su padre. Ahora, adiós, Frantz—prosiguió Dolores, levantándose;—hasta mañana. Voy á trabajar por nuestra dicha, porque el Conde, á quien escribí anoche, me estará esperando. Te avisaré cuándo nos podemos volver á ver.

Frantz salió el primero de la casita, y se alejó á pie y con paso presuroso; su corazón estaba henchido de dulces y alegres esperanzas.

Dolores le siguió poco después; subió á su coche, y mandó al cochero tomar el camino de su casa.

Su corazón iba cantando un himno de alegría, desconocido para ella hasta aquel venturoso instante.

Pero, á medida que se iba alejando del blanco y solitario asilo, la triste y pálida imagen de Lágrimas volvía á ocupar el cielo azul de su esperanza como una negra nube; y, al llegar á su casa, el manto de hielo del desaliento envolvía como un sudario su corazón abatido y doliente.

CAPÍTULO XIV

¡SOLA!

Dolores subió con lento paso la escalera de su casa.

Entre los pensamientos que bullían en su cerebro se agitaba el de mudar de morada, pues le era ya imposible pagar aquella suntuosa casa.

Y, además, ¿para qué quería conservarla? En aquella vivienda había adquirido la funesta fama de que gozaba.

Su mobiliario había desaparecido; la fortuna dorada de la intriga le cerraba las puertas de su fantástico palacio; pero, ¿qué le importaba?: el amor puro, casto, legítimo, le mostraba un cielo esplendente de ventura.

Silvia, su camarera, única que había quedado á su servicio, le abrió la puerta y le dijo en voz baja:

—El señor Conde espera en el salón.

Dolores respondió con un movimiento de cabeza; dejóse desprender la mantilla y la manteleta

por la mano de Silvia, y pasó en seguida al salón.

Hallábase el Conde sentado en un ángulo de aquella espaciosa y fría estancia; un rayo de sol de la tarde entraba por las grandes vidrieras de uno de los balcones, é iba á bañar sus pies.

Oyó el ligero paso de Dolores, y se levantó inclinándose ante ella ceremoniosamente.

—Esta mañana—dijo—he recibido una carta de usted, señora, en la que me decía que quería verme: hace hora y media que espero, porque vine al instante que la leí.

—Gracias, señor Conde—repuso Dolores aceptando el sillón que aquél había ocupado y que la cedía con fría política.—Nuestra conferencia será muy corta, pero muy interesante para los dos, pues en ella va á tratarse del porvenir de Lágrimas.

—¡De mi hija!—exclamó el Conde.—¡Oh!; ¡hable usted, señora, hable usted! No la he visto desde que estoy en esta casa. ¿Está enferma? ¿qué sucede?

—Tranquílcese usted, caballero—dijo Dolores.—Lágrimas está buena: ha salido con su aya, según creo, y pronto debe volver. Ahora bien: el objeto de haberle citado aquí, es decirle que, atendida la triste situación á que he llegado, creo de

mi deber acceder á los deseos de usted y darle mi hija.

—¡Qué escucho!—exclamó el Conde:—¿me cede usted á Lágrimas?

—Sí, señor Conde: usted la legitimará, y á su lado de usted, su posición será tan brillante como mísera lo sería al lado mío.

—¡Quién lo duda!—exclamó el Conde con un gozo delirante.—Á mi lado lo tendrá todo, riquezas, posición, y se le presentarán mil brillantes partidos. ¡Oh, señora, no sabe usted hasta dónde llegaré yo para indemnizar á mi hija!... Llegaré á todo, á todo..., para que olvide el abandono en que la he tenido...; llegaré á casarme con usted, á fin de que nadie repare en que no tiene madre conocida.

—¡Cómo, caballero!—dijo Dolores con amarga sonrisa.—¿Llegaría usted hasta hacerme su esposa? ¿Querría usted dejar al Destino que nos uniese, del mismo modo que trató de hacerlo hace diez y nueve años, y cuando usted se enfadó hasta darle de puntapiés?

—¡Señora, por favor, dejemos la ironía cuando se trata de nuestra hija! Yo he sido culpable, porque, la verdad, no la amaba á usted lo bastante para hacerla mi esposa. Si usted se arrojó por la

pendiente de las malas pasiones, la culpa es acaso también tanto mía como de usted... Pero olvidemos lo pasado, ya que puedo repararlo; acepte usted mi mano hoy.

—Mil gracias, señor Conde—respondió la cortesana con despreciativa sonrisa.

—¿La rehusa usted?

—La rehuso: semejante sacrificio de parte de usted tiene poca influencia en el porvenir de nuestra hija; por otra parte, yo no amo á usted ya desde hace mucho tiempo, y el título de esposa suya ni halaga hoy á mi vanidad, ni á mi corazón tampoco. Pero digo como usted: dejemos esto, y hablemos sólo de Lágrimas; es necesario lograr que se vaya con usted... Ya oigo su voz—prosiguió Dolores, aplicando el oído:—vuelve con su aya, con la que salió, según yo me figuraba.

—¡Valor, señora!—murmuró el Conde en voz baja.—No desmaye usted en ese propósito de devolverme á mi hija.

—Tendré valor, señor Conde.

La puerta, que se abrió con violencia, cortó la palabra á Dolores; en su umbral, pálida y asustada, apareció miss Ofelia, que traía en la mano una carta cerrada.

—Señora, ¿dónde está Luz?—preguntó diri-

giéndose á Dolores.—La he buscado por toda la casa y no parece; en cambio, he hallado esta carta sobre su mesa de tocador, con sobre para usted...

Dolores alargó su trémula mano para tomar la carta; la abrió, y leyó lo que sigue:

•Madre mía: Huyo de tu lado porque ya no puedo estimarte..., aunque te amo y te amaré toda mi vida.

•Te compadezco y quiero tranquilizar, en parte, tu inquietud, diciéndote dónde estoy: me hallo en casa de los padres de Federico, que me tratan como á su hija menor; dentro de un mes nos casaremos el mismo día Cesarina y yo.

•Madre mía, vuelve al buen camino, para que halles en él á tu querida hija, que te abraza llorando.

Luz.

En tanto que Dolores pasaba sus ojos descajados por este billete, Lágrimas había entrado en la estancia: al ver á su padre, su lindo rostro se demudó; pero aquella impresión se disipó con otra más fuerte, al ver vacilar á su madre y próxima á desplomarse después de aquella lectura fatal.

El aya y Lágrimas recibieron en sus brazos

el cuerpo de Dolores, rendida á un desmayo mortal.

Pero bien pronto la energía de su carácter dominó la perturbación de sus sentidos, y se levantó pálida, pero tranquila é imponente.

—No hay que buscar á mi hija—dijo á miss Ofelia:—sé dónde está. Suplico á usted, mi querida miss, que nos deje solas un instante á mi hija y á mí con el señor Conde.

La inglesa se retiró estupefacta.

Dolores llevó la mano á su corazón, que palpitaba penosamente, y tuvo que acudir á su frasquito de sales para no volver á desmayarse.

El abandono de su hija había sido para ella un golpe espantoso.

Procuró, no obstante, serenarse, y por medio de un heroico esfuerzo pudo conseguirlo.

Volvióse hacia Lágrimas, y le dijo con entereza:

—Hija mía, he aquí á tu padre, el señor Conde de Elvén, que viene á buscarte para que vivas á su lado; si hace pocos días admití con alegría y gratitud tu negativa á dejarme, hoy te suplico que accedas á su deseo y que le sigas, para ocupar en su casa el sitio que te corresponde.

—¡Dios mío! Mamá, ¿qué es lo que dices?—ex-

clamó la joven mirando á su madre con azorados ojos.—¿Qué te he hecho para que así renuncies á mí? Y ahora que mi hermana...

—¡Calla, hija mía!—interrumpió Dolores;—tu hermana no me abandona, no... No temas por mí... Pero, mira..., no te lo ocultó...: debo buscarla..., atraerla de nuevo á mi lado..., y para eso necesito quedar libre y dejarte con tu padre, con quien estarás mejor.

Lágrimas, sin responder, miró á su padre, y el dolor que vió impreso en su fisonomía la conmovió hondamente: aquella figura, aún noble y bella, pero abatida por la ruda mano de la desgracia, se había aparecido muchas veces ante sus ojos, pidiéndole la parte que le tocaba en su corazón.

Sin embargo, no sabía qué responder, y sus labios se negaban á pronunciar un sonido: de un lado su madre, pobre y sola, pero que le rogaba que la dejase, que la despedía, por decirlo así; de otro lado, su padre, que la llamaba tendiéndole los brazos...

La pobre niña luchaba entre dos sentimientos opuestos, porque la voz de la sangre hablaba también en su corazón á favor de aquel padre que hasta entonces le había sido desconocido, pero que la amaba tan tiernamente.

—Padres míos—dijo al fin:—¿por qué no sois los dos para amarnos á mi hermana y á mí? ¿por qué para seguir al uno debo dejar al otro? Yo veo que todos los hijos, que todas las jóvenes son dichosas á la sombra del amor protector de su padre, y del amor tierno y lleno de abnegación de su madre... ¿No me es dado á mí gozar de esta felicidad suprema? ¿No puedo amar y ser amada de los dos á un tiempo?

—Implora esta ventura, á que tienes derecho, del amor de tu madre—dijo el Conde á su hija:—ella puede consagrarse también á ti y vivir á nuestro lado.

Lágrimas miró á su madre con aire tierno y suplicante; mas en el pálido rostro de Dolores halló escrita una negativa con tan expresivos rasgos, que no pudo insistir de palabra, y cubriéndose el rostro con las manos, echó á llorar.

—¡Acabemos esta triste escena, señora!—dijo el Conde irritado.—¡No puedo consentir que mi hija sufra por más tiempo! ¿Se niega usted á llamarse mi esposa? ¿á ser desde hoy la madre de Lágrimas?

—¡Sí!—respondió Dolores en voz baja, pero con entereza.

—¿Es una resolución definitiva?

—Sí, señor.

—Vamos, hija mía—repuso el Conde pasando bajo su brazo el de Lágrimas.—Olvida que esta mujer ha sido tu madre. Yo te he desconocido durante algún tiempo; ella reniega de ti después de haberte criado, lo que es mucho más cruel. Págale con el olvido y sígueme.

—¡Madre, por Dios, una palabra que te justifique!—exclamó la joven uniendo sus manos.—¿Qué te he hecho? ¿en qué soy culpable? ¡Ah! ¿dónde está mi hermana, para que me ayude á ablandar tu corazón, para que te ruegue que no me separes de ella y de ti?

—¡Tu hermana—repuso Dolores—ha abandonado ya esta casa para siempre!

—¡Dios mío!; ¿y dónde está?

—Ya lo sabrás aunque te vayas con tu padre.

—¿Luego tú deseas que me vaya?—interrogó Lágrimas con extrañeza.

—¿No te he dicho que sí?

—Escucha, pobre niña—dijo el Conde dirigiendo una mirada de encono á Dolores:—esta mujer, que tu desgracia te ha dado por madre, os abandona á tu hermana y á ti por algún ruín amor, al que vende su cariño maternal... Sí, estoy seguro de ello.

—¿Oyes á mi padre?—preguntó Lágrimas, que había dejado de llorar.

—Sí—respondió Dolores con tranquilidad.

—¿Es verdad lo que dice?

—Es verdad.

—Adiós, pues, madre—dijo Lágrimas con voz entera y enjugando las últimas lágrimas que surcaban sus mejillas:—¡Dios sabe que siento el haber hallado la vida en tu seno! La educación que te debo me ha enseñado que es preferible la muerte á la deshonra, y más te valiera ser la esposa honrada de mi padre y la buena madre de tus hijas, que dejarte llevar de esa pasión que te aparta de todo lo que debías amar... No serás feliz en ella, yo te lo aseguro... Dios no puede aprobar semejante amor. Vamos, padre mío—continuó la joven, apoyándose en el brazo del Conde:—yo me acojo á tu amor como á mi único amparo. ¡Quiera Dios que no me falte jamás!

Lágrimas dió dos pasos hacia la puerta, apoyada en el brazo de su padre. Dolores, muda, lívida, helada, inmóvil, la siguió con una mirada clara y fija: con la mirada de la desesperación. De repente, Lágrimas se desasíó del apoyo que sostenía su paso vacilante, y corrió hacia ella, rodeándole el cuello con ambos brazos.

—¡Adiós, madre mía!—le dijo con la voz entrecortada por los sollozos.—¡Adiós, adiós! ¡Ya que me arrojas de tu lado, no arrojes mi recuerdo de tu corazón!

Dolores oprimió á su hija contra el pecho de un modo convulsivo: sus labios se abrieron como para hablar, pero no salió de ellos ningún sonido; menudas gotas de sudor brotaban, como perlas, de la raíz de sus cabellos, y se helaban sobre su lívida frente; aquella lucha horrible y prolongada por tanto tiempo, sobraba para aniquilar una naturaleza mucho más fuerte que la suya, herida ya profundamente.

Lágrimas se separó, por fin, de sus brazos, y volvió al lado de su padre. Dolores volvió la vista, y apoyándose en el sillón que quedaba allí, fué á tirar del cordón de la campanilla.

El Conde, esperando lo que iba á pasar, se detuvo.

—Diga usted á miss Ofelia que venga—ordenó Dolores á Silvia, que se presentó.

Después apoyó la mano sobre su corazón, que levantaba una palpitación terrible, y esperó con la respiración entrecortada y la vista fija en la puerta.

Un instante después, apareció el aya.

—Miss Ofelia—dijo Dolores con una voz que parecía salir de una garganta destrozada:—mi hija se va... de mi lado... porque yo lo quiero así...; puede usted irse con ella, si gusta..., y de este modo no se verá privada de sus cuidados y amistad.

Miss Ofelia, aturdida, pero sin comprender, en su inocencia, el terrible drama que tenía lugar ante su vista, se quedó mirando al Conde.

—Señorita—dijo éste,—al lado de Lágrimas, *mi hija*, hay siempre un sitio para usted. Yo le suplico que no la prive de su compañía, que ahora le será más necesaria que nunca, faltándole la de su hermana.

Estas palabras, *mi hija*, que el Conde acentuó de un modo particular, hicieron abrir dos ojos como dos puños á la circumspecta inglesa, que no acertaba á explicarse lo que sucedía, desde que por primera vez oyó esta misteriosa revelación: ella sabía que sus dos educandas eran hijas de dos padres diferentes; ¿pero cómo era que el de la mayor existía y el de la menor había muerto? ¿Cómo la señora de Benavente se había casado con su segundo esposo sin morir el primero?

—Vamos, querida amiga—dijo Lágrimas:—sea usted mi madre, ahora que me alejo de la mía.

La inglesa, aturdida, y con la misma fuerza de voluntad que una sonámbula, se dejó arrastrar por la mirada suplicante de su educanda, y la siguió sin darse cuenta de que la seguía.

Lágrimas volvió de nuevo sus ojos hacia Dolores, y cubriéndoselos luego con las manos, salió de la habitación.

Dolores la siguió con la vista hasta que desapareció el último pliegue de su vestido: entonces miró en torno suyo; midió con una ojeada llena de desesperación la gran estancia desmantelada y fría, y murmuró al caer sin sentido sobre el pavimento:

—¡Sola, sola!...